

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El Año Nuevo del duendecito malo

Ven, sentémonos en el suelo alrededor del fuego y veamos esas llamas doradas bailar y saltar. ¿Ves esa, tan feliz, que acaba de salir por la chimenea? Conozco una historia sobre ella, una historia de Año Nuevo.

Acurruquémonos más y miremos dentro del fuego. ¿Ves ese trozo de leña negra, ahí al final? Había una vez un duendecito desagradable que se parecía a un trozo de carbón. Su ropa era toda negra, su gorro redondo parecía un trozo de carbón, sus zapatos puntiagudos eran de color negro azabache y su cara estaba oscura por la suciedad, con una fea expresión de ceño fruncido. En conjunto, era un duende de aspecto horrible y era tan odioso como su aspecto. No había nadie a quien le cayera bien. Los pájaros lo odiaban porque esperaba al anochecer, cuando todas las crías estaban acurrucadas en el nido, profundamente dormidas, y entonces salía de debajo del nido, donde se había escondido, y gritaba: —¡Buenos días, despierten! —y todas las crías gritaban: —Pío, pío, papá, ¡trae el desayuno!

Tardó mucho tiempo en volver a dormir a los excitados bebés. Una vez, Medianoche —que así se llamaba el duende— dejó caer un pedacito de una ramita en el pico abierto de un bebé y el pobre pájaro tosía tan fuerte que mantuvo despiertos toda la noche a los pájaros de

los nidos de alrededor. Medianoche se rio con regocijo y se fue corriendo a hacer otra travesura.

Mientras las madres conejitas dormían, pintó con barro marrón las banderitas blancas que llevan bajo la cola. Cuando llegó la mañana y las madres conejo se despertaron y llamaron a sus hijos para que las siguieran, los conejitos no pudieron ver ninguna bandera blanca en la cola de sus madres para seguir las, y todos se perdieron en el espeso césped. Tardaron todo el día en volver a reunirlos, y más tiempo en volver a limpiar las banderas.

Medianoche saltaba de alegría. A las conejitas les habría gustado atraparlo con sus afiladas garras, pero era demasiado rápido para ellas.

Entonces Medianoche encontró los agujeros donde las ardillas habían escondido sus nueces para el invierno.

Habían tardado meses en recogerlas, pero Medianoche esperó hasta que salieron de caza de nuevo, ¡y se llevó todas las nueces y las escondió en las raíces de un viejo árbol, donde nunca se les ocurriría buscar!



Estas travesuras disgustaron mucho a las tímidas criaturas del bosque. Los pájaros, los conejos y las ardillas corrieron tras el duende. Los pájaros lo picoteaban, y las ardillas y los conejos saltaban tras él con las garras extendidas. Medianoche echó a correr por fin,

realmente asustado, cada vez más deprisa, hasta que llegó a la parte más oscura de todo el bosque. Allí se metió en un agujero de un árbol, acurrucándose tanto que su redonda gorra le tocaba los puntiagudos zapatos, y mientras temblaba de miedo oyó a los pájaros, los conejos y las ardillas pasar a toda velocidad, pensando que el malvado duendecito seguía corriendo delante de ellos.

Cuando todos se hubieron ido, Medianoche se asomó por su agujero. Oh, ¡qué terrible silencio había! Ni un pájaro cantaba, ni una ardilla, ni un conejo, ni una marmota vivía allí. Era tan silencioso, tan oscuro y tan solitario que Medianoche empezó a sentirse muy triste. El duendecito malo apoyó la cabeza en sus negras rodillas y se echó a dormir, ¡no había otra cosa que hacer!

El primer sonido que lo despertó fue un "¡Chop chop!". Se frotó los ojos y se asomó. Vio a unos leñadores talando árboles con sus afiladas hachas. Luego los vio acercarse al árbol donde estaba escondido. Temblando de terror, Medianoche se hizo una pelotita. Y la cabeza de Medianoche se golpeó con fuerza contra la parte superior de su agujero cuando, aún dentro de él, sintió cómo el árbol caía al suelo. Aquello fue bastante divertido y, muy emocionado, se asomó por una rendija y vio cómo los hombres sujetaban cadenas alrededor de los árboles y los cargaban sobre ruedas. Su propio árbol también cayó, y lo siguiente que Medianoche oyó fue el ruido de una sierra mientras cortaban el árbol en troncos en un aserradero. Aún estaba a salvo en su agujero cuando su tronco fue arrojado junto con otros a

un oscuro sótano. Aquello era aún más lúgubre que el bosque, y Medianoche empezó a echar de menos tener amigos.

—No me burlaría de ellos. Sólo jugaría con ellos tranquilamente —suspiró, y dos lágrimas corrieron por su carita sucia, dejándola prácticamente limpia.

Entonces Medianoche oyó un nuevo y extraño sonido.

Era más alegre que el parloteo de una ardilla y más dulce que el canto de un pájaro: ¡era la risa de un niño! ¿De dónde venía? Medianoche dejó de llorar y escuchó.

Volvió a sonar y la risa de otros niños se mezcló con ella. Medianoche se asomó. No había nadie en el sótano. Salió sigilosamente y subió las escaleras de puntillas, en busca de aquellas voces risueñas. Escondido entre las sombras para que nadie pudiera verlo, atravesó la cocina y llegó a una habitación llena de sol y niños. Entró corriendo y se escondió detrás de una cortina, asomándose con curiosidad. En el centro de la sala había una niña de pelo dorado, aquella cuya risa había oído por primera vez. Pero mientras Medianoche la observaba con deleite, la vio fruncir el rostro como si estuviera a punto de llorar.

—¡Mi muñeca, mi muñeca querida, no la encuentro! —gritó. Al instante, todos los demás niños y niñas comenzaron a buscar la muñeca fugitiva bajo las sillas y las mesas. No la encontraron, pero Medianoche vio un par de pies de muñeca asomando por debajo del sofá. Saltó rápidamente por el suelo, sacó la muñeca de una pata y la colocó en una silla junto a la niña.

—¡Oh, mi muñeca ha vuelto! —gritó, abrazándola con alegría—. Se ha ido de paseo y ha vuelto —y cogiendo las dos manos de la muñeca entre las suyas, bailó con ella por la habitación. Los otros niños bailaron también y sus risas volvieron a sonar.

—¡Salió a pasear y volvió! —gritaron.

Medianoche nunca había visto ni oído nada tan alegre, también a él le daban ganas de bailar. Pero si alguien lo hubiera visto, lo habría echado a patadas.

Pero Medianoche tuvo cuidado de que nadie lo viera.

Excepto, quizá, los niños. Pasaba la mayor parte del tiempo con ellos y, de algún modo, parecían saber que estaba allí y que era su amigo. Todas las noches, cuando cenaban, ponían un cuenco de leche delante del fuego para él, y cuando iban a desayunar, el cuenco estaba siempre vacío. No sé cómo Medianoche se la bebía sin ser visto, pues seguía durmiendo en su tronco del sótano y se quedaba dormido en cuanto las cabezas de los niños tocaban sus almohadas. La madre de los niños estaba desconcertada por aquel cuenco vacío, pero suponía que había un duende amistoso en la casa por la forma en que siempre aparecían cosas perdidas.

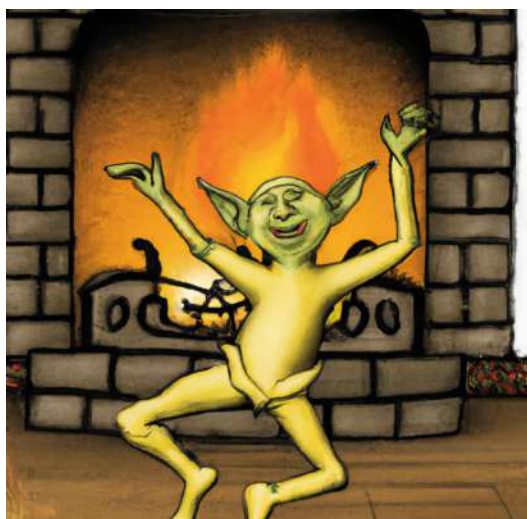
—¡No encuentro mi reloj! —gritaba la madre—. ¡Vengan, niños, a buscarlo!

Los niños buscaron en el suelo, debajo de la alfombra, en las macetas y sobre las mesas. Pero, escondido detrás de la cortina, Medianoche había visto un atisbo de algo dorado que brillaba a través de las borlas del sofá.

Rápido como un rayo, lo sacó y lo colocó en el brazo de la silla de la madre.

—¡Vaya, aquí está! ¿Cómo ha llegado hasta allí? — exclamó. Los niños rieron y se guiñaron un ojo, como si lo hubieran entendido, pero ¿cómo iban a explicarle lo del duende a mamá?

Una mañana —era Año Nuevo—, Medianoche durmió más de lo habitual. Estaba acurrucado dentro de su tronco, tan profundamente dormido que ni siquiera el traqueteo de su casa al ser llevada escaleras arriba lo despertó. Entonces lo pusieron boca abajo y, al abrir los ojos, se asomó por la rendija y descubrió que ¡el tronco estaba a punto de ser arrojado al fuego abrasador! ¡Paf! Qué calor hacía, y entonces Medianoche oyó las risas de los



niños. Asomó la cabeza y los vio a todos sentados frente al fuego, observando las llamas.

Alrededor de Medianoche bailaban llamas rojas y amarillas, tan doradas, tan felices que Medianoche se olvidó de tener miedo.

—¡Yo también quiero ser feliz! — gritó—. Quiero reír con los niños y bailar con las llamas.

Su tronco prendió fuego, ardió y Medianoche salió disparado, ¡ya no era un duendecito sucio!

En lugar de eso, era la llama dorada más brillante y danzante que jamás hayas visto. Durante unos instantes se puso a bailar de arriba abajo, y luego, saludando e inclinándose ante los niños, gritó:

—¡Feliz Año Nuevo! ¡Feliz Año Nuevo! —y saltó por la chimenea.

Cuando llegó a la cima, vio un espectáculo glorioso. El sol que brillaba sobre la nieve, el hielo convertía el mundo en un brillante país de hadas, y el cielo era tan azul como las nomeolvides. Medianoche bailó con los rayos de sol sobre el hielo reluciente hasta que casi chocó con una bandada de pajaritos acurrucados en la nieve, demasiado fríos para volar. Tenían las plumas erizadas y un aspecto miserable.

—¡Vengan a jugar conmigo! —gritó, bailando a su alrededor. Era tan hermoso y feliz que se olvidaron del frío y volaron en círculos a su alrededor.

—¡Vengan a jugar con nosotros! —gritó a un grupo de conejos que estaban encorvados sobre la nieve, medio congelados. Brincaron despacio hacia él y, entonces, también ellos olvidaron el frío mientras jugaban con el duende dorado y los pájaros, hasta que todos estuvieron tan alegres como los rayos del sol.

—¡Feliz Año Nuevo! ¡Feliz Año Nuevo! —se gritaban unos a otros, y al duende de las llamas centelleantes.

Entonces Medianoche vio unas ardillas acurrucadas en las ramas de un árbol.

—¿Qué les pasa? ¿Quieren nueces? Síganme —gritó. Y salió corriendo hacia las raíces del árbol donde, siendo un duendecito travieso, había escondido sus provisiones de invierno. Las ardillas lo siguieron lentamente, pero cuando vieron su tesoro sus ojos brillaron, sus dientes castañetearon de placer, y corretearon de un lado a otro

de la raíz del árbol a sus propios agujeros, con las patas llenas de nueces. Estaban tan contentas como el propio Medianoche.

—¡Feliz Año Nuevo! ¡Feliz Año Nuevo! —gritaban a su amigo, que ni se imaginaban que era el duendecito malo al que habían ahuyentado el otoño anterior.

Así, durante todo el día y durante muchos días, el duende bailó y cantó y ayudó a la gente, a los pájaros y a las criaturas del bosque. Parpadeaba tan alegremente al sol como cuando bailaba junto al fuego, calentando a los niños y cantándoles canciones.

—¡Todos los días, cuando el duende está aquí, parece un Feliz Año Nuevo! —gritaban los niños, bailando tan alegremente en la alfombra frente a la chimenea como el duende bailaba dentro del fuego—. Ahí está, ¿lo ven? Baila, crepita y nos grita a todos: “¡Feliz Año Nuevo! ¡Feliz Año Nuevo!”